

LA TRADICIÓN RECUPERADA: EL REQUETÉ CARLISTA Y LA INSURRECCIÓN

Eduardo G. Calleja y Julio Aróstegui

Ninguna fuerza política, ni grupo de acción de otro tipo, dispuso en España en la época que estamos considerando de un aparato paramilitar de la entidad numérica y organizativa del que creó el viejo carlismo, la *Comunión Tradicionalista* según su nuevo apelativo. Esta fuerza paramilitar se basó en una institución más antigua, el *Requeté*, que integraba en sí una tradición militar y «miliciana» que hundía sus raíces en el siglo XIX. Tanto esta vieja tradición militar del legitimismo español como su espectacular *aggiornamento*, su puesta al día, en el tiempo de la Segunda República tienen una explicación bastante palmaria, aunque en modo alguno rectilínea. La importancia de esta recuperada trayectoria militarista del legitimismo en los años treinta, si es que el algún momento hubo realmente un oscurecimiento de ella, tiene, además, no poca relación con los orígenes y con ciertas trayectorias de la conspiración que llevó al levantamiento militar desencadenante de una guerra civil al final del periodo. Las peculiares ideas y prácticas de la violencia política propias del legitimismo español —que comparte en algunos aspectos con otros legitimismos— ocupan, desde luego, un lugar muy destacado en la historia de la violencia política en España, no ya en esta época sino a todo lo largo de la Edad Contemporánea.

Derrotado militarmente en la guerra civil de 1872-76, desgarrado en 1888 por la defección integrista y truncadas sus expectativas insurreccionales en los prolegómenos y las postrimerías del «Desastre» en 1898¹, el

¹ Sobre las aspiraciones insurreccionales del carlismo en los aledaños de 1898, vid. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Jordi CANAL I MORELL, «“No era la ocasión propicia...” La conspira-

carlismo siguió conservando, no obstante, un vago tono militar en su organización y en la mentalidad de sus bases. El relativo oscurecimiento de la tradición de insurrección militar, que era connotación permanente en el legitimismo español, estuvo condicionada porque aunque los veteranos de las guerras civiles seguían defendiendo con ardor los añejos métodos de lucha armada —la partida y la guerrilla como fase previa y complemento a las operaciones de un verdadero «Ejército Real»—, el fracaso de la intentona de 1900 había mostrado con toda evidencia que el protagonismo político y social del país se inclinaba ya hacia su ejercicio desde los grandes centros urbanos. La transferencia de la conflictividad sociopolítica del ámbito rural al urbano no pasó desapercibida para los carlistas de menor edad, organizados y adiestrados premilitarmente en los círculos carlistas², como elemento de reproducción de una subcultura política de elevado tono militante³.

Esta efervescencia político-ideológica permitió el rápido desarrollo de la organización juvenil carlista, que fue adoptando actitudes crecientemente combativas en la calle y en los centros de enseñanza. En 1907 el activista catalán Juan M.^a Roma fundó oficialmente el *Requeté* como entidad de encuadramiento de los escolares de 12 a 16 años, aunque este vocablo, procedente quizás de una denominación popular asignada

ción carlista de fin de siglo en un memorial a don Carlos», *Hispania* (Madrid), vol. LII/2, n.º 181, V-VIII-1992, pp. 705-742. Un ensayo de interpretación conjunta de los procedimientos subversivos del carlismo y el republicanismo a fines del XIX en Jordi CANAL, «Republicanos y carlistas contra el Estado. Violencia política en la España finisecular», en ARÓSTEGUI (ed.), *Violencia y política en España*, Madrid, Ayer, n.º 13, 1994, pp. 57-84.

² Una referencia a la instrucción premilitar de la juventud carlista madrileña en Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner & Simón, 1977, p. 46 nota 1. Los choques con republicanos en Zaragoza, Bilbao, Valencia y Mataró en Melchor FERRER, Domingo TEJERA y José F. ACEDO, *Historia del Tradicionalismo español*, Sevilla-Madrid, Ed. Trajano/Ed. Tradicionalista/Ed. Católica Española, 1941-1979, tomo XXVIII, vol. II, pp. 292-293 y 306-307 y Colin M. WINSTON, *Workers and the Right in Spain, 1900-1936*, Princeton University Press, 1985, p. 83. La intervención de grupos armados en defensa de los candidatos catalanistas frente a las amenazas lerrouxistas en las elecciones de noviembre de 1901 en FRANCISCO CAMBO I BATLLE, *Memorias (1876-1936)*, Madrid, Alianza, 1987, p. 78. Su papel en la defensa de establecimientos religiosos barceloneses durante la «Semana Trágica» en Joan CONNELLY ULLMAN, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Esplugas de Llobregat, Ed. Ariel, 1972, pp. 397 y 433. Vid. también Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, «Paramilitarització i violència política a l'Espanya del primer terç de segle: el requeté tradicionalista (1900-1936)», *Revista de Girona*, n.º 147, VII-VIII-1991, pp. 69-76.

³ Sobre la peculiar actitud combativa de la militancia carlista más joven en el último cuarto del siglo XIX, vid. Jordi CANAL, *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració, 1875-1900*, tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 1994, pp. 198 y 285-313.

al Tercer Batallón de Guías de Navarra en la primera guerra civil, servía desde fines de siglo para designar a los militantes más jóvenes de la Comunidad⁴. De este *Requeté* pacífico e infantil, precursor de los *Pelayos* de la guerra civil de 1936, surgió una organización homónima que actuó como grupo armado al margen de los «Batallones de la Juventud», a los que sustituirían posteriormente. Con todo, el *Requeté* «civil» y el paramilitar coexistieron durante algún tiempo, dando lugar a las inevitables confusiones⁵. A la altura de 1910, el pretendiente Don Jaime decidió potenciar y sistematizar una organización paramilitar independiente y de alcance nacional, y para ello requirió los servicios de un militante y viejo militar, Joaquín Llorens, jefe de la Artillería carlista en la última guerra civil y diputado jaimista.

En la reestructuración del jaimismo llevada a cabo a inicios de 1913, Llorens quedó encargado del *Requeté*, de cuya organización y reglamentación como «escuela preparatoria» del voluntariado debía dar cuenta al presidente de la Junta Superior carlista marqués de Cerralbo y al propio pretendiente⁶. La actividad desplegada por Llorens llevó al

⁴ Sobre los orígenes de la voz Requeté, vid., entre otros, los artículos de J. SURIA, «¿Qué es el Requeté?», *Boletín de Campaña de los Requetés* (Burgos), 7-XI-1936, p. 2; José M.^a IRIBARREN, «Sentido y origen de la voz requeté», *Príncipe de Viana* (Pamplona), n.º 74-75, 1959, p. 242 y *Tradición* (Barcelona), n.º 3, IX-1959, p. 7; *El Pensamiento Navarro* (Pamplona), 25-VII-1938; carta abierta de Francisco de Paula Bondía a Antonio Lizarza, *Tradición*, n.º 5, XI-XII-1959, p. 33; Luis REDONDO y Juan de ZAVALA, *El Requeté (la Tradición no muere)*, Barcelona, AHR, 1957, pp. 62-65, tomando datos de Jesús E. CASARIEGO, *La verdad del Tradicionalismo*, Madrid, Talleres Gráficos Ibiza, 1940, pp. 234-237 y de José M.^a AZCONA Y DÍAZ DE RADA, *Zumalacárregui. Estudio crítico de las fuentes históricas de su tiempo*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1946, pp. 39-48, donde comenta un artículo propio («El Batallón del Requeté, Tercero de Navarra») publicado en *El Diario Vasco* (San Sebastián), 14-V-1938 y reproducido por esas mismas fechas en *Diario de Navarra* (Pamplona), *El Alcázar* (Toledo) y otros periódicos carlistas. Un buen resumen de las diferentes hipótesis sobre el origen de la palabra en Jaime DEL BURGO, *Bibliografía de las guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX: Fuentes de la Historia de España. Antecedentes desde 1814 hasta 1936*, Pamplona, Diputación Foral, 1954-1966, vol. III, pp. 394-395 y vol. V, pp. 517-520 y la 2.º ed. bajo el título *Fuentes para la historia de España. Bibliografía del siglo XIX. Guerras carlistas. Luchas políticas*, Pamplona, Impta. de Navarra, 1975, pp. 839-840.

⁵ FERRER..., *Historia del Tradicionalismo...* tomo XXIX, pp. 65-66.

⁶ Autógrafo de Llorens en el archivo de la familia Melgar reproducido por Julio ARÓSTEGUI, «La tradición militar del carlismo y el origen del Requeté», *Aportes* (Zaragoza), n.º 8, VI-1988, p.10. Según un informe enviado a don Jaime el 3-III-1913 y reproducido en *ibid.*, p. 13, Llorens pretendía encuadrar a los militantes más aptos del Requeté y de las Juventudes en unos «Grupos de Defensa» constituidos militarmente bajo el mando de oficiales de los «Ejércitos Carlistas» y la dirección política de los jefes civiles del partido. En caso de crisis institucional grave su destino último sería, en palabras de Llorens, «coadyuvar al Ejército que se decida por V.M.».

nombramiento de responsables regionales y provinciales de la milicia, la constitución de *Requetés* comarcales y locales y el establecimiento de una *Junta Central Tradicionalista Organizadora de los Requetés de Cataluña*⁷. Pero la Guerra Europea hizo desviar la atención de la opinión pública a las disputas entre francófilos y germanófilos, y actuó como espoleta para el estallido de una nueva crisis interna en el carlismo que se venía incubando desde la misma proclamación de don Jaime como pretendiente y que desembocó en definitiva en una nueva escisión, la llamada *mellista*. La crisis interna del carlismo afectó al *Requeté* que entró en un prolongado periodo de decadencia del que no saldría sino con la nueva efervescencia al final de la Dictadura de Primo de Rivera y con los prolegómernos del cambio de régimen.

El legitimismo, identificado siempre en España con el carlismo, fue así la más antigua fuerza política que pervivía en el siglo XX y, sin embargo, la primera y más eficiente en dotarse del aparato paramilitar que las nuevas formas de la política de entreguerras trajeron a primer plano entre aquellas corrientes ajenas al viejo liberalismo, desde el fascismo y movimientos afines hasta el comunismo. La eficiencia de la vieja tradición militarista tiene aquí una virtualidad evidente, pero la capacidad de renovación y adaptación táctica mostrada por la más pura y dura tradición conservadora española fue también espectacular.

Hacia una nueva concepción de la práctica paramilitar

Los esfuerzos para la reorientación de las organizaciones de lucha armada en el carlismo tienen su origen en la creación y funcionamiento, a partir de mayo de 1930, de un «Comité de Acción» radicado en París y presidido por el propio pretendiente de la rama carlista don Jaime de Borbón. Pero los llamamientos a la guerra de guerrillas por parte de la prensa legitimista más exaltada⁸ y los tenues contactos subversivos iniciados con los nacionalistas vascos en 1929-30⁹ fueron descartados ante el estupor y el miedo que causó a la dirección del movimiento la intentona abiertamente revolucionaria de Jaca.

⁷ *La Trinchera*, n.º 66, 12-X-1913, pp. 3-4.

⁸ Vid. *La Trinchera*, 3.ª época, n.º 6, 10-IV-1930, p. 1 y n.º 11, 15-V-1930, p. 1.

⁹ Referencia a estos contactos en carta de Indalecio Prieto a Rufino Laiseka, 21-IX-1932, cit. por José Antonio AGUIRRE Y LECUBE, *Entre la libertad y la revolución. La verdad de un lustro en el País Vasco*, Bilbao, Talleres Gráficos E. Verdes Achirica, 1935, pp. 335-337. Estas relaciones conspirativas continuarían de forma intermitente en los primeros tiempos de la República.

Tras la proclamación de la República, el pretendiente solicitó en un manifiesto fechado el 23 de abril de 1931 el apoyo de sus bases al Gobierno Provisional para garantizar exclusivamente la paz y el orden contra el «bolchevismo» y la «anarquía». Pero el crédito de confianza en el nuevo régimen no duraría más que un mes, es decir hasta que los sucesos de mayo de 1931 y las acciones subversivas llevadas a cabo parecieron tornar irrealizable la promesa de una República de «orden moral» colocada bajo la advocación de San Vicente Ferrer... de la que hablara Alcalá Zamora.

La reacción emocional de los sectores más conservadores de la sociedad española se tradujo en un paulatino despegue de la militancia carlista, favorecido además por la progresiva «vuelta al redil» de los disidentes integristas y mellistas. Como en el Sexenio, el tradicionalismo iba camino de convertirse en un aglomerado contrarrevolucionario de amplia base, pero para representar una alternativa plausible al régimen democrático estaba obligado a culminar la modernización de sus estructuras internas iniciada a fines de siglo. La «modernización» del viejo partido tenía que afectar ahora necesariamente a aquellos elementos para la acción política que parecían sintetizar mejor con los nuevos tiempos y este era, justamente, el caso, del antiguo aparato paramilitar del *Requeté*. Favorecido por las circunstancias políticas, el *Requeté* se transformaría en pocos años en la milicia armada más potente y sólidamente estructurada del momento.

Las estériles reuniones conspirativas de los representantes del «Comité de Acción» jaimista con el comité alfonsino de San Juan de Luz (coronel Felipe Gómez Acebo, enviado del general Ponte), y de los responsables del *Requeté* navarro con el general Luis Orgaz en junio de 1931 dejaron paso desde mediados de ese mes a los primeros atisbos de una acción desestabilizadora en solitario. Sin embargo, la desarticulación de la trama conspirativa de Orgaz en agosto-septiembre de 1931 y la movilización preventiva de unidades militares en el Norte ante los rumores de agitación en el país vasconavarro¹⁰, frenaron momentáneamente el desarrollo del *Requeté* y potenciaron las tensas conversaciones iniciadas a fines de mayo entre alfonsinos y carlistas en torno a la resolución del pleito sucesorio. El 12 de septiembre, don Jaime y el ex-rey

¹⁰ «Los “sucesos” del Norte: ¡¡La España católica en pie!!», *El Cruzado Español* (Madrid), 28-VIII-1931, p. 1. Sobre los rumores de supuestos alijos de armas remitidos a los carlistas por vía aérea en la sierra de Urbasa, vid. José M.^a IRIBARREN, *Mola. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento nacional*, Zaragoza, Talleres editoriales Heraldo de Aragón, 1938, p. 56.

don Alfonso formalizaron el polémico «Pacto de Territet», al que los publicistas carlistas siempre han negado existencia y efectividad, reduciéndolo a un simple acuerdo personal¹¹.

En la tercera semana de septiembre, tras arduas discusiones entabladas en Leiza, Azpeitia, Pamplona y Zarauz, el «Comité de Acción» decidió posponer toda colaboración activa con los alfonsinos, y propuso la reorganización urgente del *Requeté* a escala nacional para afrontar un movimiento de rebeldía exclusivamente carlista, de carácter defensivo y focalizado en el país vasconavarro. El carlismo optaba por el viejo proyecto insurreccional decimonónico, basado en el levantamiento de pequeñas unidades combatientes que, luego de controlar una porción limitada de territorio donde se contaba con cierto apoyo popular, constituirían la base del «Ejército Real». Aunque se trataba de una acción eminentemente carlista, no fueron ajenos a la misma algunos elementos militares de las guarniciones de Santander, Barcelona y Bilbao¹². A comienzos de octubre de 1931 se operó en el carlismo un cambio que iba a tener consecuencias potenciadoras de las nuevas corrientes. El día 2 de ese mes fallecía don Jaime y el nuevo pretendiente, don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este —un anciano, hermano de Carlos VII y tío, por tanto, del pretendiente muerto, menos proclive a veleidades liberalizantes que su predecesor—, no hizo sino fomentar la reactivación del *Requeté*.

La estructura política de la Comunión Tradicionalista tenía a su frente, según una costumbre proveniente de los viejos tiempos pero que se había mantenido también con la reconversión del carlismo en Partido Político convencional después de 1876, a un Jefe delegado o simplemente Delegado (del Pretendiente), cargo que en estos momentos ejercía el marqués de Villores, al que como novedad auxiliaba una Jun-

¹¹ Sobre el «Pacto de Territet», vid. Román OYARZUN, *Historia del carlismo*, Madrid, Alianza, 1965, p. 417; FERRER..., *Historia del Tradicionalismo...*, tomo XXIX, pp. 211-216 y 188-289; Santiago GALINDO HERRERO, *Los partidos monárquicos bajo la II República*, 2.ª ed., Madrid, Rialp, 1956, pp. 171-174, y la obra del extravagante autor integrista Tomás ECHEVERRÍA, «*El Pacto de Territet*». *Alfonso XIII y los carlistas*, Madrid, Gráficas Letra, 1973, 2 vols.

¹² Antonio LIZARZA IRIBARREN, *Memorias de la conspiración. Cómo se preparó en Navarra la Cruzada, 1931-1936*, Pamplona, 1954, pp. 16-17; Jaime DEL BURGO TORRES, *Requetés en Navarra antes del Alzamiento*, San Sebastián, Ed. Española, 1939, p. 14 y FERRER..., *Historia del Tradicionalismo...*, tomo XXIX, pp. 216-217. Parece probado el importante papel jugado por el clero rural navarro en esta reorganización del *Requeté*. Vid. el testimonio de Joaquín Baleztena en Stanley G. PAYNE, *Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*, Madrid, Akal, 1977, p. 395 y «Juan de Iturralde» (seud. del P. Juan de USABIAGA), *El catolicismo y la cruzada de Franco*, Vienne-Bayona-Toulouse, Ed. Egui Indarra, 1956-1965, vol. I, p. 449.

ta Suprema, integrada por hombres proclives al pacto dinástico —Rodezno, Oriol, Bilbao, Beunza—, que fue la que de hecho gobernó el partido desde la muerte del marqués en mayo de 1932. La colaboración con los alfonsinos en 1932 y 1933 fue intensa.

Desde los comienzos del régimen republicano o algo antes, el renacimiento del requeté carlista presenta, por tanto, un progresivo desarrollo en el que pueden verse, al menos, dos etapas bien diferenciadas. El punto de ruptura entre ellas es, indudablemente, el ascenso al primer puesto político de la Comunión, tras el desplazamiento de la Junta Suprema, de un líder en el que se manifiesta ostensiblemente el nuevo estilo por más que sus ideas signifiquen en cierto modo un retroceso a posiciones de «ortodoxia» legitimista. Ese líder es el sevillano Manuel Fal Conde, hombre procedente de las filas del integrismo. Con Fal Conde en el nuevo puesto de Secretario de la Comunión Tradicionalista, a partir de mayo de 1934, y aunque no por obra exclusiva suya, desde luego, el Requeté adquiere un neto parecido con una moderna milicia de partido.

En la primera etapa republicana de la reconstitución del Requeté, Navarra, región fundamental en la adhesión al carlismo y donde existe verdadera «masa» de militantes, ocupa el lugar decisivo. Allí, donde pervive una mentalidad dentro del carlismo proclive siempre a la acción insurreccional de viejo estilo, aparecen focos de organización paramilitar con ciertas peculiaridades nuevas. Hombres como el coronel Eugenio Sanz de Lerín y Generoso Huarte organizan un tipo de particular milicia a la que se conoce como las «decurias», que, según algunos testimonios favorables, llegaron a contar con unos 10.000 hombres¹³ destinados, como en los lances revolucionarios de 1909 y 1917, a la vigilancia callejera y la custodia de edificios religiosos, círculos tradicionalistas y redacciones de periódicos afines. El apoyo del clero rural navarro, tradicionalmente carlista, resultó fundamental: una «junta sacerdotal» se encargó de las tareas de proselitismo entre los párrocos y los feligreses de la región. Los sacerdotes navarros ejercían en sus comunidades aldeanas una función patriarcal que iba más allá de la mera asistencia espiritual: monopolizaban las funciones de propaganda desde sus púlpitos, y dirigían de hecho la vida política en los pueblos y valles más apartados. No resulta, pues, exagerada la afirmación del sacerdote na-

¹³ REDONDO y ZAVALA. *El Requeté*, p. 235, cifra coincidente con la dada por Joaquín ARRAS IRIBARREN. *Historia de la Cruzada Española*, Madrid, Ediciones españolas, 1939-1944, tomo I, vol. IV, p. 486.

cionalista Juan de Usabiaga de que el *Requeté* navarro fue obra del clero, especialmente en la zona media de la provincia¹⁴.

Una posición mucho más «moderna» en este terreno fue la desarrollada por hombres más jóvenes entre los que destaca Jaime del Burgo —uno de los líderes de la AET, reorganizada desde mayo de 1931—, creador de agrupaciones del *requeté* a las que se pretende dotar de verdadera estructura militar. En las poblaciones medias y grandes, la actividad de captación fue realizada de forma descoordinada por la propia organización carlista, dirigida por una cerrada élite de abogados, doctores, pequeños empresarios y propietarios rurales, imbuidos de una tradición localista y patrimonial de la acción partidista que cobraba cuerpo en las actividades recreativas, políticas y piadosas de los círculos tradicionalistas.

A comienzos de 1932, el mayor activismo callejero de los *requetés* se tradujo en la participación en diversas colisiones callejeras con elementos republicanos y socialistas en Bilbao, Madrid y Pamplona, donde a mediados de abril la autoridad gubernativa decretó la clausura del Círculo Tradicionalista y la detención y procesamiento de Huarte, Del Burgo y ocho activistas. Con este golpe, la organización de «*decurias*» quedó virtualmente detenida, precisamente en el momento en que dirigentes «transaccionistas» como Oriol, Bilbao, Pradera y Rodezno intensificaban sus contactos con militantes alfonsinos y republicanos conservadores de cara a un inminente golpe de Estado.

A ese respecto, Rafael Olazábal participó activamente en las reuniones de la Junta de Alzamiento presidida por el general Emilio Barrera, encargada de gestionar la colaboración de los diversos partidos derechistas en el golpe de Sanjurjo. Sin embargo, la postura oficial de la Comunión respecto a este movimiento —decidida presumiblemente a inicios de junio en el castillo francés de Mondonville¹⁵— fue de inhibición ante los imprecisos términos programáticos de una conjura urdida con socios tan heterogéneos. No obstante, la Junta Suprema Nacional toleró la implicación de las jerarquías regionales, provinciales y locales a título meramente personal. Y esa implicación fue un hecho en diversos sitios de Andalucía.

¹⁴ «Juan de ITURRALDE» (seud. del P. Juan USABIAGA), *El catolicismo y la cruzada de Franco*, Vienne-Bayona-Toulouse, Ed. Egui Indarra, 1956-1965, vol. I, p. 449.

¹⁵ GALINDO HERRERO, *Los partidos monárquicos...*, p. 160; Richard A. ROBINSON, *Los orígenes de la España de Franco. Derecha, República y Revolución, 1931-1936*, Barcelona, Grijalbo, 1974, p. 53 y Martin BLINKHORN, *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 136.

A pesar de su relativo retraimiento oficial en la preparación y desarrollo de la «Sanjurjada», la represión gubernamental consiguiente también se ejerció sobre el carlismo, cuyos círculos y prensa fueron clausurados y ciertos jefes políticos y milicianos caracterizados encarcelados o deportados a Villa Cisneros. La coincidencia en prisión de estos dirigentes con los cabecillas militares de la intentona de agosto dio lugar a no pocas conversiones ideológicas y a futuros compromisos de colaboración. El más conocido y trascendente fue el del entonces coronel Enrique Varela, quien por incitación del jefe del Requeté sevillano comandante Luis Redondo y de dirigentes políticos como Fal Conde —por cierto nada proclive en la participación en la intentona de Sanjurjo—, elaboró a fines de 1932 un *Compendio de Ordenanzas, Reglamento y Obligaciones del Boina Roja, Jefe de Patrulla y Jefe del Requeté*¹⁶.

A partir de esta normativa, heredera de una larga publicística carlista finisecular sobre temas de organización militar¹⁷ e inspirada en el régimen interior y la estructura del Ejército regular —en concreto del Tercio Extranjero—, el *Requeté* dejaba de organizarse en «decurias» y pasaba a vertebrarse en *Patrullas* (homologables a escuadras de infantería) de cinco «boinas rojas» con un jefe o cabo. Las unidades superiores eran los *Grupos* (pelotones) de un jefe, un adelantado y tres *Patrullas* con un total de 20 hombres; *Piquetes* (secciones) con un jefe, tres enlaces, seis camilleros y tres *Grupos*, con un total de 70 hombres; *Requetés* (compañías) con un jefe y tres *Piquetes*, con un total de 246 componentes, y el *Tercio* (batallón) compuesto de tres *Requetés* con 600 a 800 hombres dirigidos por un comandante. Las unidades superiores constituirían la base operativa del futuro Ejército carlista, pero no alcanzaron plasmación real hasta épocas relativamente tardías.

A fines de 1932, Varela fue nombrado Jefe Nacional del *Requeté* y contó con el asesoramiento del general Muslera, aunque por seguir preso aquél y continuar en la escala activa, su designación y su cargo se mantuvieron en secreto. El mando visible recayó en el teniente coronel Ricardo Rada, que más tarde pasaría fugazmente por Falange como instructor de su «Primera Línea»¹⁸. En 1933, el impulso dado a la milicia

¹⁶ El proceso de la conversión de Varela se narra en J. M.^a PEMÁN: *Un soldado en la Historia. Vida del Capitán General Varela*. Cadiz, Talleres Escelicer, 1954, 126 y ss.

¹⁷ Entre las publicaciones carlistas de tema militar surgidas a fines de siglo podemos destacar: José B. MOORE, *Guerra de guerrillas*, Barcelona, Ed. La Hormiga de Oro, 1894; Leoncio GONZÁLEZ GRANDA, *Cartilla militar para uso de cabos, sargentos y oficiales en campaña*, Madrid, 1896 y Joan BARDINA, *Táctica de infantería*, Barcelona, 1898.

¹⁸ REDONDO y ZAVALA, *El Requeté*, p. 244.

carlista se tradujo en una serie de nuevos nombramientos: Huarte dejó la jefatura del *Requeté* navarro en manos de Ignacio Baleztena, mientras que Antonio Lizarza se encargaba del reclutamiento y el adiestramiento de los voluntarios en Navarra¹⁹, cuyo encuadramiento en Patrullas parece un hecho a la altura del mes de octubre, aunque las plantillas aún no figuraran al completo.

Cuando comenzaba 1934, el *Requeté* había alcanzado un desarrollo considerable en localidades navarras como Pamplona, Mañeru, Viana y Villalba, y contaba con importantes núcleos activistas en Vizcaya, Valencia, Cataluña y Andalucía, sobre todo Sevilla. Se evidenció entonces que la Junta Delegada como estructura de mando compartido de los representantes de las diferentes tendencias del movimiento carlista resultaba inapropiada para los nuevos aires caudillistas que impregnaban la escena política española. Los dirigentes de los diversos grupos de la derecha, subyugados por el ascenso al poder del nazismo y la consolidación del experimento mussoliniano, se mostraban crecientemente partidarios del encuadramiento activista de su militancia bajo moldes crecientemente autoritarios, jerarquizados y centralizadores. Además, la tónica cada vez más beligerante de la polémica fascismo-antifascismo imponía a todos los grupos extremistas, tanto de izquierda como de derecha, la transformación de su organización en un instrumento eficaz de combate callejero antes que la aceptación acomodaticia de la lucha parlamentaria.

Los representantes más radicales de este intento de reacomodación del carlismo al vocabulario y los objetivos defendidos por los movimientos fascistas fueron los jóvenes estudiantes navarros. Desde el 26 de enero de 1934, Jaime del Burgo simultaneó sus tareas de organización paramilitar de la juventud tradicionalista pamplonesa con la publicación de la revista *a.e.t.*, desde donde se llamó francamente a la revolución social en contra del parecer de los líderes carlistas más ortodoxos.

La actividad proselitista del grupo estudiantil de del Burgo y sus métodos inconformistas no deben ser desestimados a la hora de constatar el fuerte desarrollo del *Requeté* en las provincias vascas y Navarra. El 18 de febrero de 1934, la Juventud Tradicionalista de Guipúzcoa celebró un mitin al que asistieron dos millares de «boinas rojas» de la región vasconavarra²⁰. Días más tarde se celebró en un frontón de Pamplona otra reu-

¹⁹ LIZARZA, *Memorias de la conspiración*, p. 22-24. Este inquieto agente carlista sería nombrado por Fal Conde delegado regional del Requeté el 5-IX-1934.

²⁰ *El Siglo Futuro* (Madrid), 19-II-1934.

nión de tipo paramilitar²¹, y a inicios de abril, previendo quizás la apertura del período revolucionario, el Requeté de Vizcaya comenzó a realizar ejercicios a campo abierto²². Actividades premilitares que también realizaban los requetés navarros de Abarzuza, distrito norte de Yeri y valles de Guezala y Goñi en la vertiente de San Donato en el monte de Lezaun y Fuenfría, Maquirriain, Ezcabarte, Mendillori, Sierra Andía y Urbasa.

Si bien no podemos calibrar con claridad el resultado en el nuevo carlismo paramilitar de la mimesis de las formas fascistas²³, lo cierto es que hubo contactos efectivos con el régimen fascista mussoliniano, en el seno de la relación con tal régimen emprendida por los conspiradores monárquicos españoles. El apoyo mussoliniano concretado en marzo de 1934, sobre cuya realidad material en dinero y armas, sobre todo en esto último (se habla de un millón y medio de pts., varios envíos de armas —10.000 fusiles, 200 ametralladoras, 10.000 bombas de mano y 2 millones de cartuchos—) no parece desde luego haber datos absolutamente fiables²⁴, si reportó al menos la ayuda en capacitación militar para el adiestramiento a partir del verano de 1934 de oficiales del *Requeté* en la base aérea de «La Dispoli», en los alrededores de Furbara²⁵. El 20 de julio de 1934, un pri-

²¹ *El Pensamiento Navarro* (Pamplona), 27-II-1934.

²² *El Siglo Futuro*, 7-IV-1934.

²³ Vid. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *La radicalización de la derecha durante la Segunda República. Violencia política, paramilitarización y fascistización en la crisis española de los años treinta*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense, 1989, especialmente vol. II, pp. 960-978.

²⁴ Semejante ayuda en armas es absolutamente inverosímil si se tienen en cuenta las dificultades reales para el acopio de armas con que el carlismo se enfrentó en la época de la decisiva conspiración antirrepublicana de la primavera de 1936. De haber existido tal armamento la cosa hubiera sido enteramente distinta. Cfr. J. AROSTEGUI: «El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936». En *ARBOR*, CXXV, 491-492, nov-dic. 1986 (monográfico sobre la guerra civil), pp. 27-75.

²⁵ Sobre el desarrollo y consecuencias del viaje a Roma de los carlistas Lizarza y Olazábal y de los alfonsinos Goicoechea y Barrera existe una amplia bibliografía: William ASKEW, «Italian intervention in Spain: the Agreements of March 31, with the Spanish Monarchist Parties», *Journal of Modern History* (Chicago), n.º 2, VI-1952, pp. 181-183; LIZARZA, *Memorias de la conspiración*, p. 37-39; Dolores IBARRURI (dir.), *Guerra y revolución en España, 1936-1939*, Moscú, Ed. Progreso, 1966, vol. I, pp. 76-77 (con la reproducción de la copia del acuerdo conservada por Goicoechea); Jaime DEL BURGO, *Conspiración y Guerra Civil*, Madrid-Barcelona, Ed. Alfaguara, 1970, pp. 517-521; Rafaella GUARIGLIA, *Primi passi in diplomazia e rapporti dall'ambasciata di Madrid (1932-1934)*, Nápoles, 1972, pp. 375-378; Pedro SAINZ RODRÍGUEZ, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 232-233; John F. COVERDALE, *La intervención fascista en la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza, 1979, pp. 45-63; BLINKHORN, *Carlismo y contrarrevolución...*, p. 200; Massimo MAZETTI, «I contatti del governo italiano con i cospiratori militari spagnoli», *Storia Contemporanea* (Roma), año X, n.º 6, XII-1979, pp. 1181-1193; Ismael SAZ CAMPOS, «De la conspiración a la intervención. Mussolini y el Alzamiento Nacional», *Cuader-*

mer grupo de 15 requetés se entrenó militarmente en el manejo de ametralladoras y bombas de mano bajo la identidad de oficiales peruanos.

A pesar del extraordinario desarrollo del carlismo, cuyas autoridades decían contar a principios de 1934 con 16 diarios, 18 jefaturas regionales, 48 provinciales, 1.631 juntas locales, 540 círculos, 230 sociedades de Margaritas, 803 secciones de juventud y un total aproximado de 700.000 militantes distribuidos preferentemente en Andalucía Occidental, Navarra, País Vasco, Valencia y zonas de Cataluña²⁶, su estructura de mando continuó desarrollando una actividad eminentemente parlamentaria y propagandística. A pesar de ello, en marzo de 1934, Rodezno podía declarar su apoyo a «las organizaciones de choque de la Comunión tradicionalista» encargadas de «defender a la sociedad contra la amenaza marxista»²⁷. No obstante, desde inicios de 1934, tanto el pretendiente como la Junta Delegada recibían constantes solicitudes para un cambio de orientación política. Parecía llegada la hora del grupo integrista, donde destacaba con luz propia la figura de Manuel Fal Conde, abogado sevillano procedente del integristismo que había impresionado gratamente a don Alfonso Carlos durante su primera entrevista en la frontera francesa en junio de 1933²⁸. Integristas como Senante, Lamamié y Fernando Contreras habían lanzado la candidatura de Fal Conde a la presidencia de la Junta, a lo que Rodezno se negó de plano, alegando la falta de «categoría» del aspirante pero sugiriendo su posible promoción al cargo de secretario político del pretendiente.

A medida que el ambiente político se crispaba, la milicia carlista mejoró su adiestramiento en campo abierto y multiplicó sus apariciones en actos públicos como el realizado en el cortijo sevillano de «Fuente Quintillo» el 15 de abril de 1934²⁹. El espectacular despliegue realizado

nos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, n.º 15, 1981, pp. 329-330 y *Mussolini contra la II República. Hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim/Institutió Valenciana d'Estudis i Investigació, 1986, p. 66-85.

²⁶ REDONDO y ZAVALA, *El Requeté*, p. 254 y Jesús Evaristo CASARIEGO, *La verdad del tradicionalismo. Aportaciones españolas a la realidad de Europa*, Madrid, Talleres Gráficos Ibiza, 1940, p. 17. Estos datos, dada su procedencia, son muy escasamente fiables.

²⁷ *El Siglo Futuro*, 5-III-1934.

²⁸ BLINKHORN, *Carlismo y contrarrevolución...*, p. 173.

²⁹ La concentración de «El Quintillo», símbolo del inicio de una nueva etapa del carlismo aglutinada en torno a la figura de Fal Conde, ha dado lugar a una relativamente amplia bibliografía carlista andaluza, en la que, además de la inevitable y laudatoria referencia de FERRER..., *Historia del Tradicionalismo...*, tomo XXX, pp. 88-89, figuran los opúsculos *Veinticinco años atrás...*, Sevilla, Talleres Tipográficos Arjona, 1959; Eladio MARTÍN DE ITURRIAGA, *Quintillo, cuarenta años*, Sevilla, Editorial Católica Española, 1974 y Ana MARÍN FIDALGO, Manuel MARTÍN BURGUEÑO y Enrique ROLDÁN GONZÁLEZ, *El Requeté de Sevilla. Orígenes, causas e historia*, Sevilla, Editorial Católica Española, 1982, pp. 45-48.

ese día por el *Requeté* andaluz fue el espaldarazo definitivo para la promoción de Fal Conde. El 16 de abril de 1934, enviaba a don Alfonso Carlos una carta sugiriéndole una drástica reorganización, una política más militante y el aplazamiento *sine die* de las negociaciones dinásticas. El pretendiente solicitó poco después su aceptación del cargo de Secretario General de la Comunión, y tras una reunión con los jefes regionales y la Junta Delegada en Madrid el 20 de abril, esta última presentó la dimisión en bloque, dejando vía libre a las iniciativas reformadoras de Fal, cuyo nombramiento se hizo público el 3 de mayo.

Fal Conde y la milicia para la insurrección

Fal Conde entendió siempre que el aparato paramilitar no era otra cosa que un instrumento insurreccional, el embrión de un verdadero Ejército que, en todo caso, pudiera contar como baza decisiva en una negociación con el Ejército estatal para un futuro alzamiento. Deseaba transformar al carlismo en un amplio movimiento contrarrevolucionario antes que reducirlo a ser un factor político más de una conspiración predominantemente castrense y, por ello, propugnaba para la Comunión una táctica claramente rupturista que entreveía la posibilidad de una acción insurreccional propia a medio plazo. Para el político andaluz, la teorización de la lucha armada contra la República se reducía a la simple y tradicional fórmula de la resistencia a la tiranía emanada del derecho público cristiano y reactualizada en esos años por clérigos como Aniceto de Castro Albarrán, Marcial Solana, Pablo León Murcieto o Ignacio Menéndez Reigada. Fiel a esa línea doctrinal ortodoxamente católica, el «secretario de S.M.» opinaba que «el Poder es una violencia, el Poder es una fuerza física. Sólo queda organizar la resistencia adecuada a la violencia y a la fuerza. Y por ese camino llegaremos al fin»³⁰.

Por de pronto, emprendió una reorganización en profundidad del movimiento carlista, cuya nueva estructura se mantendría hasta la unificación forzada con Falange en abril de 1937. La intención de Fal era desarrollar una política más militante, agresiva e intransigente, transformando la Comunión en un partido de masas perfectamente encuadradas en secciones especializadas que actuarían bajo control centralizado. Pero la «vieja guardia» jaimista, encastillada en sus car-

³⁰ *El Observador* (Sevilla), 9-VII-1933, p. 1.

gos regionales y locales —sobre todo en el país vasconavarro—, supondría un constante obstáculo para la plena realización del proyecto reformador de Fal, que hubo de afrontar iniciativas unilaterales y en abierta contradicción con su línea política, como quedaría demostrado en las negociaciones con los militares durante la crucial primavera de 1936.

El 22 de mayo de 1934, Fal centralizó las actividades políticas esenciales y se rodeó de nuevos colaboradores, el joven diputado navarro Luis Arellano Dihinx, Aurelio González de Gregorio (fundador y presidente de la Juventud Tradicionalista de Madrid) y Adolfo Gómez Ruiz, antiguo deportado a Villa Cisneros. En su ámbito de actuación se incluía a la AET, y Fal Conde quedaba como verdadero inspirador de la actividad general de la organización juvenil³¹, que se centraba, según Arellano, en «la formación cultural y física de los jóvenes» y el fomento de un carácter viril y combativo³². Una actividad idónea, por tanto, para nutrir las filas del Requeté.

Pero no hay otro asunto al que Fal prestara una atención más decidida que al desarrollo del *Requeté*, que transformaría en una verdadera milicia, si no verdaderamente armada —lo mismo que todas las demás— si realmente organizada, incluso uniformada e instruida en el campo con las pocas armas disponibles. Fal no puso reparos a la continuación de las acciones callejeras del *Requeté*, pero dio a entender claramente que ese no era el objetivo. Comenzó a preparar un alzamiento armado en el campo, más adaptado a la táctica de lucha tradicional del carlismo. También trató de culminar los trabajos de organización paramilitar a escala nacional que habían sido iniciados por Varela a fines de 1932. Al ser rehabilitado éste por la amnistía de abril de 1934 y retornar al servicio activo (ascendió a general de brigada el 31 de octubre de 1935), el cargo de Jefe nacional de *Requetés* quedó en manos del joven diputado cántabro José Luis Zamanillo.

Se proyectó e impuso entonces una jerarquía nacional de Requetés, compuesta por el Delegado Nacional, el Inspector Nacional y Delegados Regionales encargados de tareas de reclutamiento y organización, como lo fueron Josep M.^a Cunill para Cataluña y Antonio Lizarza para Navarra. El partido convencional se veía ahora acompañado de una específica organización paramilitar y ello, que sin duda presentaba connotaciones heredadas del pasado, muestra también la in-

³¹ Real Decreto de creación de la Delegación Especial de Juventudes en FERRER..., *Historia del Tradicionalismo...*, tomo XXX, pp. 272-273.

³² *El Siglo Futuro*, 18-VI-1934.

fluencia de la nueva concepción del partido con milicias anejas, aunque no del partido-milicia de claro estilo fascista. La búsqueda de una óptima eficacia militar intentó materializarse a base de maniobras clandestinas en campo abierto, cosa practicada también paralelamente por Falange Española. El problema real seguía siendo el armamento y se agudizaría desde marzo de 1936.

Desde abril de 1934 —momento en que el semanario derechista Esto informaba de la existencia de 4.000 requetés sobre las armas— Fal Conde trató de propiciar la creación de un *Frente Nacional de Boinas Rojas*, formado por los *Requetés* y las Juventudes, a cuyos integrantes se les prohibió toda militancia paralela y se les prometió una futura «actuación patriótica» acorde con sus ardores combativos³³. De hecho, tanto la AET como la Juventud iban adoptando de forma creciente una estructura paramilitar³⁴. En una circular de la Secretaría general sobre coordinación de los diversos organismos de la Comunión, fechada en noviembre de 1934, se esbozaban las relaciones deseables entre las Juventudes y el *Requeté*:

«Las Juventudes alistan a los muchachos en cuadros ágiles y entusiastas que desempeñan su cometido: la actuación vibrante en movimientos nacionales, de propaganda o de protesta, de organización de asambleas o de elecciones, en concentraciones, etc. (...)

Los Requetés especifican más aún. Buscan a jóvenes y obreros, y a personas mayores en alistamiento más técnico y más orientado a actividades de otro orden, incluso heroicas. Su disciplina ha de ser militar; su formación, intensa. Sin la organización nacional poco harían digno de la necesidad moderna. (...) Se ha querido respetar lo existente exten-

³³ *El Siglo Futuro*, 11-IV-1934. Este plan ya había sido esbozado por periódicos como *Reacción* en la primavera de 1933 como un banderín juvenil de enganche a un tradicionalismo que se pretendía definir como verdadero fascismo español. Por otro lado, dirigentes carlistas catalanes como René Llanas de Niubó percibían el *Frente de Boinas Rojas* como un amplio frente único juvenil formado exclusivamente por las Juventudes, la AET, el *Requeté* y las Juventudes Obreras Tradicionalistas. Proceso unificador «que es el que hoy gana las batallas bajo banderas con Cruz o con hoz y martillo» (carta de René Llanas de Niubó a Luis Arellano, 1-VI-1934, en *Archivo Histórico Nacional, Sección Guerra Civil, Político-Social*, Madrid, leg. 2047, exp. n.º 2). El 18-V-1934, la AET apoyó la idea del *Frente Nacional de Boinas Rojas*, sugiriendo a Fal y a Zamanillo, verdaderos impulsores de esta nueva modalidad organizativa, la constitución de un frente político de la organización estudiantil, la Juventud Carlista y el *Requeté* que se denominaría Frente de Juventudes Carlistas.

³⁴ REDONDO y ZAVALA, *El Requeté*, p. 271. La AET pamplonesa, creada en 1930, encubría con la denominación de «socios protectores» a muchos requetés, que realizaban ejercicios en orden cerrado con la bandera de la organización universitaria para no despertar demasiadas sospechas.

diéndolo por toda España, si bien que para una mayor eficacia se le hayan dado normas de la técnica militar modernísima, que son las más científicas y que al bien de la mayor eficiencia práctica unen la mejor virtualidad para formar el carácter.

Esas especialidades, como se dijo, suponen jurisdicción sobre los jóvenes o sobre los requetés. Esa jurisdicción reclama una jerarquía que empieza en un Delegado Especial de Juventudes o de Requetés, y sigue en delegados regionales hasta los locales. El Requeté, además, lleva ciertos elementos más capacitados en los técnico»³⁵.

Fal Conde también alentó un nuevo impulso del aparato de prensa y propaganda, al que no fue ajeno su ostensible participación en varios aples multitudinarios. Posiblemente inspirados en los actos japistas y en el éxito del acto de «El Quintillo», la Secretaría general carlista proyectó también grandes manifestaciones de propaganda intimidatoria, la primera de las cuales fué una concentración de un millar de requetés de Alava y Vizcaya en Orduña el mes de junio, a la que siguió una nueva reunión en Urquiola con la «toma» de Durango y el *aplec* celebrado en Santo Toribio de Potes (Santander) el 15 de julio. Allí, Fal conde intentó trazar ante 900 requetés de Reinosa, Santander, Guipuzcoa, Alava, Valladolid, Madrid, Orense, Valencia, Maestrazgo, Cataluña y otros puntos de Castilla y Galicia, un interesado paralelismo entre los combatientes carlistas del siglo XIX y unas juventudes «decididas a lanzarse a las montañas» y «levantarse contra los tiranos» en una reconquista que no duraría ocho siglos, sino «ocho días, ocho horas»³⁶. El 22 de julio asistieron a un mitin en Zumárraga un millar de requetés de Zaragoza, Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Logroño, Orduña, Portugalete, Sestao, Rentería, Irún, Pamplona etc., revistados por el «general» Pérez Nájera (antiguo jefe del *Requeté* en los años veinte) en el frontón de Villarreal de Urrechua.

A pesar del empeño con que se realizaba esta «puesta a punto» de la milicia carlista, la dirección y organización unificadas del *Requeté* a nivel nacional no supusieron un absoluto control del mismo por el *tándem* Fal Conde-Zamanillo. En el caso de las belicosas juventudes navarras, su lealtad hacia el nuevo Secretario General dependía en gran parte de que demostrara mayor proclividad hacia el compromiso insurreccio-

³⁵ «La coordinación de nuestras actividades», *Boletín de Orientación Tradicionalista* (Madrid), n.º 13, 18-XI-1934, p. 1.

³⁶ FERRER..., *Historia del Tradicionalismo...*, p. 99; REDONDO y ZAVALA, *El Requeté*, p. 272 y «Reseña gráfica de los actos de Potes», *Tradición* (Santander), n.º 39, 1-VIII-1934, pp. 358-365.

nal que el aún influyente conde de Rodezno. Sin embargo, en el resto de las formaciones del Requeté, menos potentes y seguramente menos radicalizadas, la tónica fue la disciplina, la ortodoxia ideológica y una mayor coordinación interna, lo que facilitó un incremento de la militancia y abrió el camino a la seria consideración de un golpe de fuerza en solitario.

En los sucesos de octubre de 1934 el carlismo adoptó una actitud muy semejante a la adoptada por el fascismo, dentro del tono general contrarrevolucionario de toda la derecha, pero sin compromiso trascendente alguno con el régimen. El día 7 de octubre, Fal Conde envió una circular donde recomendaba a las organizaciones tradicionalistas que «inmediatamente después de recibir noticias de los acuerdos consignados en la nota de la Minoría Tradicionalista, si ya no lo hubieran hecho, se ofrezcan a las autoridades para cuantos servicios del orden público puedan ser útiles, desplegando en cumplir el cometido la mayor actividad, el más abnegado sacrificio y la más leal subordinación a las autoridades, atentos solo a defender a la sociedad española del criminal atentado que se le está infiriendo»³⁷. Así pues, Fal delegaba el ofrecimiento de auxilio al Gobierno en el sector más contemporizador de la Comunión, al tiempo que dejaba clara su intención de no colaborar al apuntalamiento del régimen republicano, dejando así a salvo su aureola de intransigencia. En Asturias, Guipúzcoa, Vizcaya, Tarragona, Madrid, Sevilla, Jerez, etc., los jefes locales de las Juventudes Tradicionalistas y del Requeté pusieron sus fuerzas a disposición del gobernador civil, colaborando en tareas defensivas y represivas con falangistas y cedistas³⁸.

1935 fue un año de reafirmación del poderío carlista y de confirmación de la viabilidad de la alternativa insurreccional. Tras los sucesos

³⁷ *Boletín de Orientación Tradicionalista*, n.º 8, 14-X-1934, p. 1.

³⁸ En Oviedo, el jefe de las Juventudes Tradicionalistas Carlos Novoa Bobes y del Requeté Suárez Mier ofrecieron sus fuerzas al gobernador civil. En Gijón se formó una *guardia cívica* con estas mismas fuerzas, a las que se asignó la defensa del Ayuntamiento. En Vizcaya actuaron como auxiliares de la columna de Ortiz de Zárate contra la zona minera. En Guipúzcoa se organizó una fuerza de 80 requetés dispuesta a prestar auxilio al Ejército. En Barcelona desarrollaron actividades en varios centros oficiales no afectos a la Generalitat; en Tarragona el jefe provincial Tomás de Caylá y Grau ordenó a los requetés su movilización, y en Madrid sus grupos se ofrecieron al gobierno Lerroux para ser armados y efectuaron tareas de mantenimiento de servicios esenciales con los jóvenes cedistas. Incluso en ciudades como Sevilla y Jerez se aprestaron a la defensa de los establecimientos religiosos en una reedición de las misiones desempeñadas durante la «Semana Trágica» barcelonesa. Vid. *Boletín de Orientación Tradicionalista*, n.º 9, 21-X-1934, p. 1 y n.º 13, 18-XI-1934, p. 1.

de Asturias, el carlismo se iba nutriendo de nuevos elementos contrarrevolucionarios, y durante todo el año 1935 se fueron creando nuevas secciones del *Requeté* y las Juventudes por toda España³⁹, se imponían restricciones a la capacidad de actuación y decisión de los jefes locales en esa faceta vital de la actividad carlista en beneficio de los poderes centrales de la organización, que sintomáticamente iba impregnando al conjunto de una más que patente paramilitarización, donde se implicaban la organización infantil de los *Pelayos*, la sección auxiliar femenina de *Margaritas*, el *Socorro Blanco*⁴⁰ y, por supuesto, los Círculos Tradicionalistas.

Ahora, tales Círculos se iban multiplinando y transformando en cuarteles, cuya parte inferior se dedicaba al cuerpo de guardia y retén del *Requeté*. Jaime Del Burgo describe la sede carlista pamplonesa a fines del año 1935 como «un cuartel» donde los «boinas rojas» efectuaban continuamente guardias en la planta baja y ocultaban su impedimenta y armamento. A medida que el ingreso de militares en servicio o retirados por las leyes de Azaña permitían cubrir los cuadros de mando e inspección del *Requeté* junto con las docenas de hombres adiestrados en Italia, se efectuaba una escrupulosa tarea de selección de la suboficialidad, mediante cursillos de teoría y práctica militar como los impartidos por el propio del Burgo todos los martes, jueves y sábados de 20 a 22 horas a los aspirantes a sargentos y por Mario Ozcoidi los lunes, miércoles y viernes a la misma hora a los aspirantes a cabos⁴¹.

En Sevilla, el Círculo Tradicionalista albergaba en su tercer piso todas las dependencias auxiliares del *Requeté* (almacén con 700 uniformes, correajes, mantas, botiquines, emblemas, documentación, etc.), y existía además un gimnasio en donde se hacía instrucción en orden cerrado, que en ocasiones se realizaba con un pequeño contingente de mosquetones. En los patios interiores se oían las órdenes de cornetín y la orden del día, y se pasaba revista y lista de presentes⁴².

³⁹ Vid. *Boletín de Orientación Tradicionalista*, 10 y 24-III, 5-V, 7-VII, 6 y 13-X-1935 y *El Siglo Futuro*, 15-I, 2, 16 y 23-III, 6-V, 13-VII, 8 y 29-X-1935.

⁴⁰ El *Socorro Blanco* era una actividad asignada al Secretariado Central Femenino por medio de las Juntas provinciales y locales de *Margaritas*. Consistía en prestar asistencia material y espiritual a los afiliados de la Comunidad Tradicionalista encarcelados o en paro por razones políticas. Para allegar los fondos se realizaban colectas, se aceptaban donativos y se vendía un sello de cotización obligatorio para todos los mensajes cursados entre miembros del partido y de mayor cuantía según el rango del destinatario. Sobre el *Socorro Blanco*, vid. *Boletín de Orientación Tradicionalista*, n.º 75, 2-II-1936, p. 3 y n.º 87, 26-IV-1936, p. 6.

⁴¹ Jaime DEL BURGO, *Requetés en Navarra antes del Alzamiento*, San Sebastián, Ed. Española, 1939, p. 149.

⁴² *La Unión* (Sevilla), 18-VII-1938, p. 1.

Todos estos esfuerzos se vieron recompensados con la formación de unidades paramilitares en proporción correspondiente a la militancia carlista en cada zona. En abril de 1935, la Secretaría general informaba triunfalmente de que la Comunión contaba con 700 juntas y delegaciones locales, 350 círculos, 250 secciones de Juventudes, 300 agrupaciones de *Margaritas* y 80 secciones locales del *Requeté*⁴³. Por esas fechas, Pamplona contaba con 18 *Grupos* más 300 «boinas rojas» encuadrados en *Patrullas*, que se ampliaron a tres *Piquetes* (dos de ellos efectivos) en mayo y a un *Tercio* a inicios de 1936. En marzo de 1935, Lizarza comunicaba a Zamanillo la cifra exacta de requetés en toda Navarra, que ascendía a 5.694, cifra que aumentó hasta los 8.000 a inicios de 1936. A mediados de 1935, Zaragoza contaba con dos *Piquetes*⁴⁴, y a comienzos de 1936 buena parte de las localidades navarras disponían al menos de un *Requeté*, que en lugares de especial densidad militante como Corella se ampliaba hasta tres⁴⁵. Los exámenes de control y ejercicios al aire libre los fines de semana para efectuar prácticas de tiro, orden de combate, estrategia, táctica y educación física eran también moneda corriente, y en Navarra se convertirían en los siguientes meses en un hecho cotidiano y multitudinario que llenaría de preocupación a las autoridades gubernativas.

En recompensa a los evidentes logros organizativos y propagandísticos obtenidos a lo largo de 1935, don Alfonso Carlos nombró a Fal Conde Jefe Delegado de la Comunión a fines de año. Desde ese momento los acontecimientos políticos se aceleraron y pusieron a prueba tanto las previsiones de la jerarquía en lo referente al aparato político-militar como la cohesión del movimiento, sometido a fuertes tensiones y rivalidades internas.

De la conspiración a la insurrección

Obviamente, por mucho que las fuentes informativas de procedencia carlista exageren la importancia de su organización, aquello que puede comprobarse como cierto muestra sin discusión que ninguna otra fuerza política española tuvo antes de 1936 un aparato paramilitar

⁴³ *El Siglo Futuro*, 24-IV-1935. Según Martin BLINKHORN, «Carlism and the Spanish Crisis of the 1930s», *Journal of Contemporary History*, vol. 7, n.º 3-4, VII-X-1972, p. 72.. Es posible que la militancia real completa estuviera cercana a las 350.000 personas.

⁴⁴ *El Siglo Futuro*, 26-VI-1935.

⁴⁵ LIZARZA, *Memorias de la conspiración*, pp. 68 ss.

como el carlista. Y todo ello además sin grandes preocupaciones por ocultarlo al Poder republicano. Pero la alarma estaba más que justificada por cuanto desde la primavera de 1935 la dirección carlista fue madurando un proyecto insurreccional en el que la ayuda exterior y la exhibición pública de las propias fuerzas eran factores de primera importancia. El 27 de marzo, el coronel italiano Senzadenari, enlace entre el gobierno fascista y los monárquicos españoles, solicitó la «realización del proyecto» (es decir, la entrega de las armas solicitadas por los monárquicos españoles para una inminente acción insurreccional), pero el requerimiento no fue tomado en consideración por el gobierno italiano.

En abril, Olazábal viajó nuevamente a Roma y propuso un encuentro entre Fal Conde y Mussolini, que no pudo llevarse a cabo ante la pérdida de interés del dirigente fascista por los «asuntos» de España tras el acercamiento italo-francés. Olazábal volvería a Italia en septiembre para solicitar en vano nueva ayuda⁴⁶, y realizaría otro viaje el 12 ó 13 de julio de 1936, revelando a Senzadenari los planes de insurrección para fines de ese verano con la esperanza de obtener la ayuda prometida, que de nuevo le fue denegada⁴⁷.

El 2 de junio de 1935 se continuó la serie de grandes actos tradicionalistas iniciados un año antes en Potes, con un *aplec* del carlismo catalán en Poblet (Taragona) al que asistieron unas 30.000 personas, entre ellas un nutrido grupo de requetés que desfilaron ante Fal Conde tras haberles advertido éste que todo acto insurreccional por parte de los jóvenes de la *Esquerra* implicaba la inmediata puesta en armas del Requeté⁴⁸. En agosto, el Secretario general de la Comunion anunció la culminación de la primera fase de consolidación organizativa del movimiento carlista⁴⁹, que esa primavera había declarado la existencia de 80 secciones locales del Requeté⁵⁰. El 3 de noviembre, la Junta Provincial Carlista de Barcelona celebró un importante *aplec* en Montserrat con

⁴⁶ MAZZETTI, «I contatti...», p. 1186 y SAZ, *Mussolini contra la II República*, p. 74. No parece mera casualidad que al mes siguiente comenzara el apoyo económico de Mussolini a Falange Española, que en junio había acordado en Gredos la realización de un proyecto insurreccional que coincide muy sospechosamente con movimientos similares ejecutados por los carlistas.

⁴⁷ MAZZETTI, «I contatti...», p. 1187. Con todo, un pequeño envío de armas intentó pasarse a través de Portugal, la costa levantina y la sierra de Urbasa, como así se hizo hasta la primavera de 1936. Para las operaciones en Portugal véase ARÓSTEGUI, *El carlismo... o.c.*,

⁴⁸ *El Siglo Futuro*, 4-VI-1935, pp. 1-2.

⁴⁹ *Boletín de Orientación Tradicionalista*, 4-VIII-1935, pp. 1-2.

⁵⁰ *El Siglo Futuro*, 24-IV-1935, p. 2.

asistencia de 40.000 personas y un fuerte contingente de requetés de Barcelona y Madrid uniformados y parcialmente armados a los que Zamanillo les exhortó a «luchar y a vencer». Por su parte, Fal afirmó en su discurso que «si la Revolución quiere llevarnos a la guerra, habrá guerra», y pidió públicamente al *Requeté* que marchase junto al Ejército para impedir una revolución que creía inminente⁵¹. El día 10, una nueva concentración de unos 8.000 carlistas, esta vez en Villava (Navarra) daba ocasión para constatar el adiestramiento y la organización del *Requeté* provincial, del que era inspector el coronel Alejandro Utrilla, tras haber dejado poco antes su cargo de jefe de Requetés de Andalucía Oriental para colaborar en este punto clave de la conspiración carlista.

Esta belicosa actitud no era puramente verbal. A fines de 1935 Varela, ya ascendido a general y estrechamente vigilado por la Policía, se vio obligado a delegar sus ya muy esporádicas actividades de organización del Requeté en Zamanillo y en el Inspector general Ricardo Rada —recientemente retornado de su asesoría a la «Primera Línea» falangista—, quienes con ayuda del teniente coronel Alejandro Utrilla habían iniciado en junio el bosquejo de un plan de acción defensiva ante la supuesta inminencia de otro movimiento revolucionario. El proyecto incluía la intensificación del adiestramiento en el campo o en los círculos (virtualmente transformados en acuartelamientos con un régimen castrense estricto), y un mayor empeño en las acciones violentas. A tal fin, se generalizaría la estructuración de la milicia en un *Requeté* activo o de primera línea y otro auxiliar para tareas de apoyo. También se obligaría a las jefaturas regionales y provinciales a una más pronta ejecución de las directrices emanadas de la organización nacional, enviando las listas de revista de cada unidad a primeros del mes de noviembre⁵². Cuatro días más tarde, y aplicando la orden anterior, el Delegado general de Requetés ordenaba a sus subordinados que, en caso de alteración del orden público, los Delegados regionales, provinciales y locales de la milicia se ofrecieran a los comandantes militares o en su defecto a los jefes de puesto de la Guardia Civil⁵³.

El fracaso electoral de la derecha en febrero de 1936 acabó por persuadir al carlismo de la necesidad de emprender en solitario o con el apoyo militar una aventura insurreccional largo tiempo aplazada. Desde el 22 de febrero, Utrilla, nombrado por Lizarza inspector regional de

⁵¹ *El Pensamiento Navarro*, 4-VI-1935, p. 1; *Boletín de Orientación Tradicionalista*, n.º 63, 10-XI-1935, pp. 4-6 y FERRER.... *Historia del Tradicionalismo*.... tomo XXX, p. 131.

⁵² *Comunicación de Rada a Lizarza*, 21-X-1935, en LIZARZA, *Memorias de la conspiración*, pp. 56-59 y REDONDO y ZAVALA, *El Requeté*, pp. 293-295.

⁵³ LIZARZA, *Memorias de la conspiración*, pp. 59-61 y REDONDO y ZAVALA, *El Requeté*, p. 295.

la milicia, puso en estado de alerta permanente al *Requeté* navarro. Ese mismo día, la Delegación Nacional de Requetés divulgaba a través del Inspector general Ricardo Rada una serie de instrucciones donde se trataba de calmar los ánimos de la militancia más impaciente por entrar en acción y se hablaba de entablar contacto con «las fuerzas y elementos contrarrevolucionarios de los cuales se pueden recibir auxilios en los momentos difíciles, o a su vez puedan necesitar nuestra ayuda»⁵⁴.

Según datos emanados de la Delegación Nacional de Requetés, el 28 de febrero de 1936, el organismo paramilitar carlista contaba con más de 25.000 combatientes de primera y segunda línea, localizados preferentemente en Madrid, Valencia, Rioja, Zaragoza, Cataluña, País Vasco y Navarra⁵⁵. El cambio de denominación de las unidades del *Re-*

⁵⁴ Orden general a las Delegaciones Regionales, 22-II-1936, cit. en REDONDO y ZAVALA, *El Requeté*, pp. 321-323.

⁵⁵ La distribución, teniendo en cuenta los efectivos aproximados de Piquetes (70 hombres), Requetés (240 hombres) y Tercios (740 hombres), era la siguiente:

Alava.....	1.500 hombres sin organizar.
Amería	140 hombres en 2 Piquetes.
Asturias.....	70 hombres en 1 Piquete.
Burgos.....	140 hombres en 2 Piquetes.
Cádiz.....	140 hombres en 2 Piquetes.
Castellón	3.700 hombres en 5 Tercios.
Cataluña	4.000 hombres sin organizar.
Ciudad Real	240 hombres en 1 Requeté.
Córdoba	240 hombres en 1 Requeté.
Galicia.....	240 hombres en 1 Requeté.
Gupúzcoa	1.000 hombres sin organizar.
Granada.....	0 hombres en 1 Piquete.
Huelva.....	20 hombres sin organizar.
Jaén	70 hombres en 1 Piquete.
Logroño	740 hombres en 1 Tercio.
Málaga	30 hombres sin organizar.
Navarra	6.360 hombres en 9 Tercios.
Madrid	740 hombres en 1 Tercio.
Santander	500 hombres en 2 Requetés.
Sevilla	500 hombres en 2 Requetés.
Toledo.....	500 hombres sin organizar.
Valencia.....	2.100 hombres en 3 Tercios.
Valladolid	40 hombres sin organizar.
Vizcaya	1.500 hombres en 2 Tercios.
Zaragoza	740 hombres en 1 Tercio.

Existían además pequeños grupos del Requeté en León, Salamanca, Murcia, Teruel y Cáceres. también habría detenerse en cuenta las posibilidades movilizadoras de la Juventud Tradicionalista y de los Pelayos (Archivo Melchor Ferrer, Alfonso Carlos I, leg. 14).

queté por las correspondientes al arma de Infantería (escuadras, pelotones, secciones, compañías y batallones) a partir de marzo parece un indicio plausible de la inminencia de la puesta en marcha de un auténtico «Ejército Real», o bien de los deseos carlistas de coordinación organizativa con el complot militar que se estaba fraguando. Los dirigentes del partido estaban relativamente informados del progreso de la conjura gracias a los contactos que desde 1935 habían establecido Fal Conde y Zamanillo con el capitán Barba Hernández y otros responsables de la UME. Ya en 1936 los carlistas pamploneses trabaron relación con la célula local de esta organización secreta militar a través de B. Félix Maiz, y el comandante Redondo realizaba una función similar de enlace en Sevilla.

El desarrollo de la compleja conspiración que llevó al alzamiento antirrepublicano de julio de 1936 y la participación en ella del carlismo han sido ya objeto de bastantes exposiciones, profundamente sesgadas a veces en asunto que tanto se presta al caso, y con especial detención en la historia carlista cuentan con alguna síntesis más reciente⁵⁶. En consecuencia, no procede que nos detengamos aquí de nuevo en ello. Bastará señalar que el hecho fundamental que permitió a Fal Conde y a Don Javier de Borbón Parma mantener una cierta postura de fuerza en sus negociaciones con los militares, primero Sanjurjo y luego Mola, fue justamente la existencia real de una fuerza paramilitar muy controlada e ideológicamente fiable sin fisuras, cosa que los militares golpistas estaban seguros de necesitar.

A fines de marzo, el carlismo constituyó en San Juan de Luz una Junta Suprema Militar Carlista encargada de gestionar la labor conspirativa bajo la atenta supervisión de Fal Conde y de don Javier de Borbón Parma, en funciones de delegado de su tío Alfonso Carlos⁵⁷. La «junta militar» de este organismo conspirador, compuesta entre otros por el general Muslera y el teniente coronel Baselga, pergeñó un plan insurreccional consistente en un foco de levantamiento principal en Navarra, País Vasco, Santander, Burgos y Logroño. A esto se añadirían

⁵⁶ Buena parte de las obras mencionadas en las notas precedentes, Ferrer, Del Burgo, Redondo-Zavala hacen crónica de las negociaciones entre los carlistas y los mandos militares implicados en la conjura. Por sí sola ninguna es una buena fuente. La síntesis más reciente es la ofrecida por Julio ARÓSTEGUI, *El carlismo...* que discute bastantes de las noticias de tales fuentes sobre la base especialmente de la documentación de Fal Conde. Véase también GONZÁLEZ CALLEJA, *La radicalización de la derecha...*, vol. II, pp. 934-941.

⁵⁷ FERRER, *Historia del Tradicionalismo...* tomo XXX, pp. 152-153 y 318-321 y Tomás ECHEVERRÍA, *Cómo se preparó el Alzamiento. El General Mola y los Carlistas*, Madrid, Gráficas Letra, 1985, pp. 34-37.

golpes de mano de la milicia en los centros oficiales de Madrid, y concentraciones secundarias del Requeté aragonés, catalán y conquense en el Maestrazgo; del andaluz en la sierra de Aracena y de los carlistas castellanos y extremeños —apoyados por los falangistas de Madrid— en la sierra de Gata⁵⁸. Pero tal plan se frustró ante el aplazamiento y la ulterior suspensión (con las detenciones de Varela y Orgaz incluidas) del golpe previsto para los días 19 a 24 de abril bajo el mando del general Rodríguez del Barrio.

El carácter veleidoso de Sanjurjo, en los límites de la más absoluta ineficacia como hacen ver los delegados carlistas⁵⁹, implicado en varios proyectos conspirativos no absolutamente coincidentes, y los compromisos previos adquiridos con sus compañeros de armas de la UME y de la junta de generales, abrieron el camino de unas tortuosas y contradictorias negociaciones paralelas de los líderes de las diversas facciones carlistas con otros interlocutores militares, especialmente con Mola, que, en todo caso, siempre se mostraban como actuantes al servicio de un jefe que siempre era Sanjurjo.

Es sabido que el acuerdo entre el carlismo y Mola se consiguió *in extremis*, con claras concesiones políticas carlistas, y que la contribución de sus milicias tanto al éxito del levantamiento en el Norte, la zona controlada por Mola, como a mantener la sublevación en Zaragoza y a expandir el núcleo rebelde andaluz a partir de Sevilla fue decisiva. La mitología de la intervención del carlismo en la guerra civil de 1936-1939 sólo cede en intensidad, manipulación de la realidad y autoexaltación hagiográfica ante la falangista. Ambas constituyen una buena parte de la literatura hagiográfica del bando sublevado en la guerra civil, siendo la carlista la más piadosa de ambas⁶⁰.

⁵⁸ REDONDO y ZAVALA, *El Requeté*, pp. 349-350; GALINDO HERRERO, *Los partidos monárquicos...*, pp. 159-160; declaraciones de Fal Conde a *La Actualidad Española* (Madrid), 6-VI-1968; DEL BURGO, *Conspiración y Guerra Civil*, p. 529; BLINKHORN, *Carlismo y contrarrevolución...*, pp. 334-335 y FERRER..., *Historia del Tradicionalismo...*, tomo XXX, pp. 154-159. El plan carlista resulta sorprendentemente complementario de la «marcha sobre Madrid» proyectada por FE en la reunión de Gredos de junio de 1935.

⁵⁹ ARÓSTEGUI, *o.c.*, 51 y ss. La desesperación del comisionado de Fal Conde, González de Gregorio, era patente.

⁶⁰ Semejante situación llega hasta hoy mismo, pues aún salen al mercado obras como la de A. BULLÓN DE MENDOZA (ed.): *Las guerras carlistas*. Madrid, Actas de El Escorial, 1993, donde se trata de los consabidos tópicos mitológicos desde 1820 hasta 1939. Obra lamentable, en la que se entrecruzan ciertos profesores universitarios con militantes carlistas, presenta la sonrojante particularidad, además, de que se publica auspiciada por los cursos de El Escorial de la Universidad Complutense.

La historia de las milicias carlistas en la guerra civil tampoco es nuestro objetivo aquí y cuenta con una monografía, elaborada por uno de los autores de este artículo, víctima de una desaprensiva edición que, desgraciadamente, disminuye su utilidad⁶¹. El carlismo llegó a aportar a la contienda cuarenta y dos unidades normalizadas del tipo del Tercio, equivalente al Batallón, entre los que predominaron los de origen navarro, además de otras muchas unidades menores y fuerzas auxiliares. El número total de combatientes aportados por el carlismo al bando de Franco a lo largo de toda la contienda es difícil de calcular, pero podemos decir que desde los primeros meses de la guerra el contingente carlista en milicias combatientes nunca fue inferior a los 22.000 hombres. A fines de 1936 ese contingente suponía algo más de la mitad que el aportado por Falange Española. Entre las fuerzas milicianas del bando franquista Falange fue siempre claramente superior en número, pero su fiabilidad política era bastante más dudosa.

La importancia de las milicias carlistas en la guerra civil no procede esencialmente de su aportación numérica, sino del carácter de tales fuerzas y de la oportunidad de su incorporación. Ninguna experiencia de los años treinta en materia de organización paramilitar y miliciana tiene la importancia que la carlista, y ello en cualquier punto del espectro político, en su objetivo insurreccional y en su contribución al desenlace final en guerra civil. Ninguna otra ideología predicó con tanto acento insurreccionalista la destrucción de la República, ni ninguna otra incorporó con tanta eficacia a la vieja tradición de la violencia política en España las novedades de la «era de la paramilitarización» en los años veinte y treinta.

⁶¹ J. ARÓSTEGUI: *Los combatientes carlistas en la guerra civil española, 1936-1939*. Madrid, Fundación Hernando de Larramendi-Aportes, 1991, 2 vol. El cúmulo de errores de nombres geográficos, entre otros, que la obra contiene se deben a que los realizadores de la fotocomposición, actuando fraudulentamente, no efectuaron en ella las correcciones enviadas por el autor.